

Quadernos del Sur

Año 16 - Nº 30

Julio del 2000

Tierra del Fuego

El poder hegemónico y la izquierda Latinoamericana en el fin del milenio

Hugo Calello

*"Me toca hacer el análisis más difícil, el de mi actuación personal..
...el único sector con el cual mantuve relaciones sin duda correctas fue con el de los campesinos, pues
estoy más habituado al lenguaje político, y a la explicación directa con el ejemplo y creo que hubiera
tenido éxito en ese campo. No aprendí "swahili" con la suficiente rapidez, y con la suficiente
profundidad. Fue un defecto atribuible al conocimiento del francés que me permitía comunicarme
con los jefes pero que me alejaba de las bases. Faltó voluntad para realizar el esfuerzo necesaria"*

Transcripción parcial del diario del Che Guevara en
"EL AÑO QUE ESTUVIMOS EN NINGUNA PARTE".

Edic. Pensamiento Nacional, Bs. As. 97, pág. 240.

La revolución Cubana (59) y la caída del muro de Berlín (89), son dos momentos fundamentales que transforman tanto las condiciones de lucha y la estrategia y las propias condiciones de existencia de la izquierda latinoamericana. Sobre esta base podemos encuadrar una hipótesis de trabajo: ambas representan la perdurable presencia liberadora del marxismo, que hace estallar las ataduras del prejuicio y del autoritarismo de la "realpolitick". La revolución cubana fue la consumación fulgurante de una insólita utopía: una revolución comunista, a un centenar de kilómetros de la costa de los Estados Unidos.

El tremendo impacto sacudió

el universo político general y produjo un efecto "globalizador", que aterró y enfervorizó a todo el espectro de los partidos y las fuerzas políticas en los cinco continentes. Su impacto fundamental fue en Europa, los Estados Unidos, los Estados asiáticos y africanos en orden decreciente.

Diez años después en el mayo francés y un poco después la victoria de la Unidad Popular en Chile fueron los últimos estallidos de la ola revolucionaria, que tendría rebrotos profundos, pero fugaces en los países del sur de América Latina.

El asesinato de Allende en Chile es el primer acto de instalación del Terrorismo de Estado en Chile, septiembre del 73. El fusilamiento de Trelew en el 72, la masacre de

Ezeiza en la vuelta de Perón en Argentina en junio del 73, define un escenario de violencia y terror que es el antípodo del genocidio ejecutado por la última dictadura militar, que paralizando la sociedad bajo el pretexto puntual de aniquilar la subversión.

Pero la “gota” revolucionaria que desciende de Sierra Maestra y promueve la revolución cubana no se convierte en “torrente latinoamericano” como lo había pensado Ernesto Guevara. La impotencia dialéctica de los potenciales revolucionarios, anula la práctica revolucionaria en tanto la reduce a la subversión. La subversión es rebeldía activa, actitud y acción contra el poder establecido. Pero la guerra subversiva es el espejismo mortal de la guerra revolucionaria, porque el objetivo y la acción militar subordina el objetivo y la intervención político militar, la única desde la cual se puede construir un verdadero movimiento contrahegemónico, tal como lo afirma Antonio Gramsci.

Desde la revolución Cubana los revolucionarios potenciales fueron cayendo en el reductivismo subversivo al no poder responder a las nuevas condiciones de lucha surgidas del reordenamiento político estratégico del bloque

neoimperialista dominante. Esta incapacidad para comportarse como sujetos históricos, o sea el sujeto capaz de reflexionar sobre los profundos cambios que se producen ante cada embate que alcanza a estremecer realmente el poder hegemónico. Esta incapacidad de comprender y actuar sobre lo “nuevo”, es lo que petrifica a los marxistas y los convierte en ejecutores de un dogma autoritario teóricamente “puro”, o “puramente” accionalista. La dialéctica es el conocimiento transformador que interviene praxísticamente sobre las contradicciones que caracterizan un bloque histórico, para lograr su transformación radical.

La sociedad latinoamericana a diferencia de la europea y la norteamericana no a sufrido lo que Gramsci ha llamado el proceso de expansión de la sociedad política que genera la **aparente disolución del poder coercitivo del Estado** al lograr el consenso desde la relativa legitimidad de la ciudadanía.

La sociedad latinoamericana, en cambio, ha sufrido todo el rigor coercitivo del Estado, aún en los mejores momentos de ejercicio formal de la democracia. Desde la constitución de los Estados nacionales, en su etapa de modernización bajo el colonialismo

imperial y en la actualidad bajo el imperialismo difuminado a través de la globalización, el núcleo del poder ha sido el ejercicio de una violencia permanente. No solo desde los Estados sino en los intersticios de la sociabilidad donde se construye la hegemonía para lograr un consenso rutinario, llamado eufemísticamente "gobernabilidad".

En aquellos períodos en los cuales el verticalismo autoritario militar es sustituido por una apertura formal hacia la "democracia", la violencia se moleculariza y genera formas de exclusión, desigualdad y degradación.

La izquierda latinoamericana durante el siglo que se extingue, ha caído en casi todas las trampas, que a veces sutil y otras torpemente le han tendido los poderes constituidos. Pero, es evidente que la dificultad de pararse en el espacio revolucionario indicado en este umbral del nuevo siglo, tiene que ver con la desorientación provocada por la sensación, de que los múltiples fracasos han agotado las perspectivas de lucha. Así la "revolución democrática burguesa" de la posguerra propuesta por los Partidos Comunistas, el foquismo poscubano, el intento de ilusorio de capturar para la izquierda la vanguardia de los movimientos populistas, ha creado, para muchos

una "crisis de las representaciones políticas" y la necesidad imperiosa de esperar el advenimiento de nuevos espacios y múltiples sujetos revolucionarios.

Creemos que la discusión de esta idea y de esta actitud es muy importante. Pero... ¿de qué crisis de representatividad se habla?, alguna vez los partidos y los movimientos, se plantearon la necesidad de representar realmente a sus bases y no fueron otra cosa que ficción para promover caudillismos autoritarios y clientelistas?. Al mismo tiempo pensamos que es necesario cuestionar la gramática vacía de los espacios o sujetos "perdidos" y esperar el acontecimiento azaroso que desde lo caótico pude generar el advenimiento de "lo nuevo", sino plantearse activamente la construcción de un discurso y un sujeto político contra hegemónico. Desde esta perspectiva podemos culminar esta breve texto con algunas reflexiones:

1. La actual fase hegemónica del capitalismo tardío, se define por el tremendo poder de lo que Adorno y Horkheimer llamaron la Industria Cultural, que no



es otra cosa que la globalización de la alienación del trabajo humano.

La expansión imperial de la industria cultural debe homogeneizar lo que el desarrollo desigual del capitalismo separa, o sea suturar imaginariamente esa desigualdad que se profundiza en la medida que el tiempo transcurre.

2. La filosofía marxista es pensamiento e intervención revolucionaria en la medida que aniquila el carácter descriptivo de toda otra filosofía, al intervenir para plantearse como objeto de conocimiento “el ser social”, que no es otra cosa que el trabajador sometido a desigualdad y explotación, descubriendo que el plusvalor del trabajo humano y la fetichización son los fundamentos constitutivos de una sociedad que para sobrevivir, debe negarlos.

La negación de la historicidad, de la memoria real del ejercicio de la violencia opresora y la desigualdad implica el “vaciamiento del sujeto”, su reducción a la categoría de individuo fragmentado, sometido al azar y los acontecimientos que lo arrastran, son las operaciones necesarias para mantener este estado

de cosas bajo el control del discurso hegemónico.

3. La izquierda latinoamericana, no puede volver a caer en las viejas-nuevas trampas. Debe recuperar el sujeto histórico que produce la revolución cubana, aun foco de resistencia mas allá sus limitaciones. Esta recuperación es una reconstrucción cotidiana, una intervención de todos los días en los cuales se reconstruye la sociabilidad política en nuestra relación con el otro, dentro y contra el orden social que la oculta.

El capitalismo salvaje, está atado al ejercicio de la violencia, a una naturalización de esta que oculta su perfil político. Pero la desocupación, la degradación de la vida humana, la miseria producen estallidos múltiples y crecientes explosiones, que en tanto sean fragmentarias, son controlables. Los desocupados luchan por ser restituidos a puestos laborales provisarios. Otros “diversos” lo hacen para ser aceptados en sus derechos, reconocidos como tales, pero esta lucha, por digna y justificada que sea, no es una lucha por la igualdad contra la discriminación fragmentadora, base del equilibrio de la globalización controlada por el poder hegemónico.

4. Dentro de otra



dimensión movimientos más amplios y perdurables como los frentes indigenistas, y especialmente el frente zapatista en México, solo podrán ser ejes de un proceso de transformación radical en tanto tomen conciencia de su condición de clase subalterna, articulados con todos los sectores que se autoreconozcan en la misma condición de trabajadores, usurpados de su capacidad de vida libre crítica y creativa, pero conscientes de su poder para reconstruir un sujeto histórico capaz de generar *una praxis política que articule a los sectores explotados, discriminados y excluidos que integran la clase subalterna y desarrolle conciencia de su condición de totalidad social expropiada en su trabajo y*

en su libertad. Solo desde esta praxis será posible la confrontación con el poder begemónico.

La nota que es epígrafe de este texto es emblemática. El Che Guevara, en su retirada del Congo, derrotado, se da cuenta que parte de su fracaso estuvo en su incapacidad para comunicarse con el “otro”, el campesino, el receptor político con el cual se podía construir el sujeto revolucionario. La izquierda marxista en Latinoamérica debe hallar su “swahili”, construir ese lenguaje-intervención política que aniquila las palabras vacías que son hoy mediadoras fundamentales con las que se ejerce el poder.

El Ojo Mocho

Revista de crítica cultural